AMOR QUE FLORECE

(Viene de la página 19)

la voz de Flora. La directora se santiguó.

—¿Fué un disparo? —preguntó Clara.

—Sí, hija, un disparo en la calle —repuso Flora, sentándose en la cama.

—¿Se encontraría con alguien?

Flora movió la cabeza. Abrazó a la muchacha, apretándola contra sí, luego se puso de pie y fué a la ventana.

—No.

Flora, pegada a la ventana, miraba a la calle.

—¿Quieres que me quede un rato contigo? —preguntó la directora a su amiga.

—No, Flora, muchas gracias. Váyase usted a acostar. Yo trataré de dormir.

Flora salió, y la maestra se quedó sola, en una soledad mucho mayor que la que hubiera sentido nunca, porque palpitaba con la presencia del Judas.

El pobre jorobado estaba muerto y la luz de la luna acariciaba su cuerpo contrahecho.

Clara se obligó a pensar que aquel hombre había sido el confidente y pistolero del cacique de Pachula; que había sido un



—No —repitió—, allá está tendido en el suelo... Ya lo había dicho. Después de besarte la mano, no le quedaba ya nada que hacer.

Después de haber visto a corta distancia, el cadáver de Judas tendido en el suelo, bajo la luz de la luna que iluminaba las calles del pueblo, Flora cerró la ventana.

Las lágrimas seguían deslizándose por las mejillas de Clara. La muchacha se dejó resbalar en la cama, hasta que su cabeza quedó sobre la almohada, en posición normal. El corto cabello formaba un halo para la cabeza de la maestra.

criminal y que había ayudado a su amo a oprimir y a explotar a la gente, pero a pesar de que ella sabía todo eso y que todavía estaba bajo la impresión del asesinato de Enrique, sentía una infinita piedad por el jorobado.

¿Qué culpa había tenido aquel ser humano de haber nacido deforme hasta causar repugnancia y risa?

Clara recordó las palabras del magnífico persa: "¿Tembló pues la mano del alfarero?"

¡Y aquella infantil insistencia en que Clara reconociera que había sido él, el odiado Judas, el que la había salvado, rescatando para ella, las cartas acusadoras, ¡como la enternecía!

Ya Gonzalo Reynoso no tendría armas contra ella. Las pruebas estaban en aquellas cartas que ella misma quemaría. Efectivamente... debía su salvación al jorobado.

Clara pensó que si aquel hombre hubiera tenido una maestra que le hubiera enseñado a superar su propia desgracia, quizás se habría salvado.

Y aunque incapaz de salvarse a sí mismo, Ismael la había salvado a ella, se repetía Clara. Y Carlos estaba en libertad. La muerte del confidente del cacique levantaría las últimas sospechas que pudiera haber contra el escribiente. Pero Carlos no la quería a ella. Había mentido. Había fingido. Tenía relaciones con otra mujer. ¡Amaba a la sobrina del cacique!

Huyendo del recuerdo de Carlos, que la torturada, la maestra pensó en su escuela. Seguramente ya sería indiscutiblemente suya. Podría ella dedicarse en cuerpo y alma a su misión. Procuraría con todas sus fuerzas, con todo su talento, y con toda su ternura, formar hombres buenos, como lo hubiera quizás podido ser el pobre ser deforme que aquella noche le había besado la mano. Por aquel beso y aquella lágrima que el Judas dejara, por todos sus crímenes y toda su desgracia, ella trataría de rescatar almas, de no dejar que éstas se deformaran por las injusticias sufridas. Su misión era alta e irrenunciable. A lo que había renunciado era al amor, y si por un momento se había apartado de su camino, la vida misma la había hecho regresar.

Clara cerró los ojos. Hizo un esfuerzo prolongado por retirar los pensamientos que en confuso tropel llenaban su cerebro. Quiso olvidarse de Carlos, y de Ismael, y de Enrique.

(CONTINUARA)